



*El rey de Camboya de principios de siglo obtenta gran parte de su legitimidad política de la religión.*

## 1

### **El desarrollo de la antropología política**

Si bien la antropología política como especialidad dentro de la antropología social no aparece hasta 1940 y no llega a «cimentar» hasta después de la II Guerra Mundial, lo mismo puede decirse de la mayoría de especialidades en materia antropológica. Desde sus comienzos como disciplina científica en la segunda mitad del siglo XIX hasta mediados del siglo XX, la antropología estuvo relativamente unificada. Los primeros evolucionistas no aceptaban límite alguno a su método comparativo y vagaban alegremente por el mundo y a través de los logros más significativos de la historia examinando todo cuanto abarcaban sus ojos. Franz Boas, el «padre de la antropología americana», podía analizar tanto el arte esquimal, la economía kwakiutl, como cráneos de inmigrantes. Cualquier línea que se trazara era de tipo teórico: se era evolucionista o historicista, o bien estructural-funcionalista, etc., pero apenas tenía sentido que uno fuera un antropólogo político, un etnolingüista o un ecólogo cultural. El ideal de una antropología holística no empezó a hacer aguas hasta entrados los años 40, en la medida en que una creciente cantidad de datos y de antropólogos profesionales presionaron hacia una mayor especialización. El desarrollo de la antropología política fue parte de este proceso general, que continúa todavía hoy, con subespecialidades más y más pequeñas. Y, sin embargo, el estudio comparativo de lo político en las sociedades «primitivas» data de los comienzos mismos de la antropología.

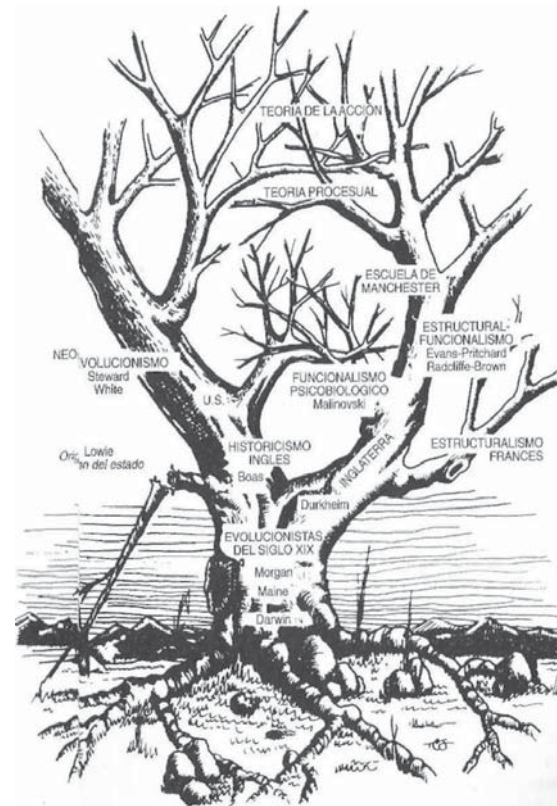
### LOS EVOLUCIONISTAS DEL SIGLO XIX

La influencia de Darwin dominó el desarrollo de la antropología cultural durante la segunda mitad del siglo XIX, como lo hiciera también con la biología. Gran parte de la teoría evolucionista surgida de aquel período fue tan primitiva como las sociedades que pretendía explicar: los esquemas evolucionistas eran rígidos y simplistas; surgieron polémicas interminables en torno al carácter patriarcal o matriarcal de las primeras sociedades; el etnocentrismo empezó a medrar cuando la cristiandad y la «raza» aria aparecieron como el «summum» del progreso humano. Las costumbres fueron arrancadas de su contexto cultural y comparadas indiscriminadamente por «antropólogos de salón» que nunca habían visto de cerca a «los salvajes» objeto de sus estudios. Y, sin embargo, se olvida con facilidad lo perceptivos que fueron muchos de aquellos estudios. Cualesquiera que fueran sus defectos, los evolucionistas sentaron las bases para la moderna antropología científica (Fig. 1).

Antes de este período, la tradición, que se remontaba hasta Platón, y que pasando por Aristóteles, Hobbes, Rousseau y la mayoría de los filósofos políticos llegaba (pero no incluía) a Marx, consideraba que el gobierno y la política eran productos de la civilización, y que los estadios inferiores se caracterizaban por la anarquía. Uno de los primeros en poner en cuestión este punto de vista, con pruebas de peso, fue Sir Henry Maine, quien, en *Ancient Law* (1861) postuló que la organización de la sociedad primitiva se basaba en las líneas del parentesco, era patriarcal, y se regía por prohibiciones sagradas. La evolución tendía hacia la secularización y hacia una organización basada no ya en el parentesco, sino en la territorialidad —la «contigüidad local»— que servía de base para la acción política.

Esta importante sugerencia de Maine, según la cual el parentesco podía ser una estructura sociopolítica primaria, fue desarrollada por Lewis Henry Morgan en *Ancient Society* (1877).<sup>\*</sup> Morgan había estudiado de cerca los indios iraqueses del estado de Nueva York y había quedado fascinado por su terminología del parentesco, terminología muy diferente de la utilizada en los países de Europa Occidental, pero

<sup>\*</sup> Existe traducción castellana. En la bibliografía general, al final de la obra, se indican los títulos traducidos a dicho idioma. (N. del E.)



¶ genealógico de la antropología política.

muy similar a la empleada en otras partes del mundo. Su descripción y categorización de los sistemas de parentesco fueron, en sí mismos, una contribución permanente, pero antes de que pudieran ganar aceptación, tuvieron que adecuarse al tipo de marco teórico más popular de aquel momento. Morgan desarrolló una secuencia evolutiva basada en los modos de subsistencia, cuyos estadios denominó «salvajismo», «barbarie» y «civilización». Estos términos tan toscamente connotativos se traducen de hecho bastante bien a sus equivalentes modernos: sociedades basadas en la caza/recolección, en la horticultura y en la agricultura avanzada. Morgan, al igual que otros de su época, empezó con el «postulado de la unidad psíquica de la humanidad» —la creencia de que había un origen común y un desarrollo paralelo en todo el mundo— pero no pudo desarrollar la idea hasta sus últimas consecuencias antirracistas y acabaría admitiendo que los arios estaban naturalmente «en la corriente principal del progreso histórico» (Morgan 1877:533).

El análisis particularmente elaborado que hizo Morgan del parentesco le permitió ampliar las ideas esbozadas por Maine. La organización social habría empezado con la «horda promiscua» que se habría convertido, luego, en unidades basadas en el parentesco y organizadas según reglas sexuales: es decir, matrimonios cruzados entre un conjunto de hermanos con otro de hermanas (esto fue una primera concepción de lo que hoy se conoce por «matrimonio de primos cruzados»). Al poner el acento en el rol de la exogamia (matrimonio fuera del grupo social), Morgan estaba bosquejando ya el concepto de los vínculos intergrupales establecidos por medio del matrimonio, que tres cuartos de siglo más tarde, se convertiría en la «teoría de las alianzas» de los estructuralistas franceses. La creciente restricción a la gama de posibles parejas para el matrimonio derivaría en la formación de la *gens* (es decir, de clanes), que coadyuvaría a la creación de unidades cada vez más extensas hasta alcanzar la confederación de tribus. La estructura socio-política en este estadio es igualitaria y está basada en una red de relaciones interpersonales. (Dejando de lado la «horda promiscua», responde bastante bien a la descripción de la confederación iroquesa, aunque no exista apenas razón para generalizarla a nivel del proceso evolutivo universal.) La especialización de la esfera política no aparece hasta que la plena domesticación de plantas y animales crea el suficiente excedente para posibilitar más tarde

la urbanización y la propiedad privada. El gobierno real, a partir de entonces, se basa en el territorio y en la propiedad.

Morgan es blanco de casi todas las críticas dirigidas por las generaciones posteriores contra el evolucionismo (con la salvedad, claro está, de que él nunca fue un «antropólogo de salón», ya que había estudiado a los iroqueses de primera mano). Sin embargo, gran parte de su pensamiento ha sido absorbido por la antropología moderna. Esto es particularmente cierto en relación con la política. Aunque los antropólogos ya no hagan distinción entre grupos basados en el parentesco y los basados en la territorialidad (todos los pueblos reconocen fronteras territoriales), estaba plenamente justificada la importancia que daba Morgan al parentesco como un medio primario de articulación política en los niveles de subsistencia de los pueblos cazadores-recolectores y horticultores. Igualmente importante fue su

descubrimiento de la «gens» como un linaje corporativo en el que la toma de decisiones correspondía sólo a un reducido grupo con un antepasado común por la línea de descendencia masculina o femenina. Otro de sus percepciones duraderas fue la identificación del igualitarismo en la sociedad primitiva y la ausencia del concepto de propiedad privada. Todas estas ideas contribuyeron a conformar la influencia más eficaz de Morgan: formaron las bases para *The Origin of the Family, Private Property and the State* de Frederick Engels, la visión marxiana de la evolución del capitalismo.

## LA REACCIÓN

La antropología de principios del siglo xx se caracterizó por dos cambios fundamentales: el rechazo de la teoría y del método evolucionistas, y el abismo creciente entre los antropólogos de los Estados Unidos y los de Inglaterra y Francia. En estos dos últimos países la

condena directa del evolucionismo fue relativamente suave, pero se dio un giro significativo en nuevas direcciones. Este giro partió del trabajo de Emile Durkheim: en Francia desembocaría en un estructuralismo cada vez más cognitivo que culminaría en los trabajos de Claude Lévi-Strauss; en Inglaterra propiciaría la importancia creciente de los «hechos sociales» (y su correspondiente menosprecio por los aspectos psicológicos de la cultura) y llevaría a un punto de vista teóri-

co dominado por las ideas de «función» y «estructura». Durkheim apenas tuvo influencia en la «antropología cultural» norteamericana dominada por el «historicismo»<sup>1</sup> de Franz Boas. Éste sería categórico, y casi siempre vehemente, en su condena del método comparativo y de las grandes generalizaciones de él derivadas. Boas daba prioridad a los minuciosos estudios descriptivos de culturas concretas. La teoría no llegó a desaparecer del todo, pero orientaciones tales como el «difusionismo», tomaron un cariz muy particularista, con los antropólogos de campo pasando años recogiendo los más minúsculos datos de la vida cotidiana para registrarlos en enormes listas de rasgos culturales (uno tiene la sospecha de que este tipo de investigadores declinó de puro aburrimiento). A pesar de que los antropólogos ingleses tendieron cada vez más hacia el estudio del parentesco, no se avanzó mucho por lo que se refiere a la dimensión política, si exceptuamos alguna esporádica referencia a la solidaridad «mecánica» y «orgánica» de Durkheim. En los Estados Unidos se avanzó poco en términos de una teoría que permitiera aislar el momento político para su análisis.

Una excepción importante fue *The Origin of the State* (1927) de Robert Lowie. Para encontrar un marco que posibilitara tratar de lo político, Lowie se valió de la anticuada teoría evolucionista. Empezó, creemos que correctamente, rechazando la evolución unilineal propuesta por sus predecesores; no existía evidencia de que todas las sociedades hubieran pasado por estadios de desarrollo similares. Rechazó igualmente la afirmación de Maine y de Morgan según la cual el orden político primitivo se mantenía sólo en base a las relaciones personales. Era más bien el vínculo territorial, que Morgan había considerado como una característica de la civilización, el que era universal, formando así un puente entre la organización política primitiva y el estado. En un libro anterior, *Primitive Society* (1920), Lowie había reconocido la importancia política de las asociaciones como forma de unión de grupos que de otro modo hubieran permanecido dispersos, y las consideró como base del estado porque debilitaban los vínculos

1. En muchos manuales de antropología cultural, Franz Boas suele verse incluido dentro de la corriente difusionista. La «Escuela Historicista» de Boas es conocida también en el mundo angloparlante con el nombre de «Particularismo Histórico».

de sangre de los grupos de parentesco. Ahora, en cambio, modificaba este punto de vista, mostrando que las asociaciones podían ser tan «separatistas» como las relaciones de parentesco. Así, las asociaciones, que por su naturaleza misma no podían ser ni centralizadoras ni disgregadoras, necesitaban una autoridad de orden superior para conseguir un mayor nivel de integración.

La reciente afirmación de Georges Balandier (1970) de que la antropología política concreta y explícita se desarrolló durante los años 20 es cierta sólo hasta cierto punto. Algunas de las ideas de Lowie conservarán su validez: por ejemplo, que todas las asociaciones reconocen un territorio propio; que los aumentos demográficos y los conflictos crecientes conllevan la creación de estados; que la estratificación de clases es un elemento clave en la escala evolutiva hacia el estado; y que el elemento central del estado es el monopolio del poder coercitivo. Aunque estos conceptos no fueran desarrollados suficientemente para formar un modelo causal sistemático, Lowie logró clarificar varios temas, se hizo diversas preguntas cruciales y planteó a la antropología un reto fascinante.

Por desgracia, el reto no fue recogido. El modismo evolucionista del libro de Lowie, a pesar de negar el desarrollo unilineal, tuvo que parecer lamentablemente anacrónico a sus compañeros, quienes creían haber acabado de una vez por todas con el desatino evolucionista. El comienzo de la antropología política fue también su final: hasta 1940.

## LOS FUNCIONALISTAS BRITÁNICOS

En la Inglaterra de los años treinta luchaban por imponerse dos ramas del funcionalismo. Una el «funcionalismo psicobiológico» de Bronislaw Malinowski, la otra el «estructural-funcionalismo» de A. R. Radcliffe-Brown. Malinowski, considerado a menudo el fundador de las técnicas modernas del trabajo de campo a raíz de su extensa investigación de las islas Trobriand, intentó interpretar las instituciones culturales como derivadas de algunas necesidades psicológicas y biológicas básicas. Aunque contribuyó poco al desarrollo de la antropología política como tal, sus estudios sobre leyes, economía y religión —tal como podían observarse sobre todo en las sociedades lo-

avía existentes, y no en las históricas— despejaron el camino para el tipo de especialización que más tarde sería común. El método de la «observación participante» de Malinowski se convirtió en modelo para toda una generación de investigadores de campo británicos, cuyos profundos análisis de las sociedades africanas harían más tarde que la antropología política fuera una subdisciplina con plena legitimidad. Pero sería la rama «estructural» de Radcliffe-Brown, dentro del funcionalismo, la que acabaría en última instancia por imponerse en Inglaterra, donde las cátedras académicas de Oxford, Londres o Manchester formaban algo muy parecido a feudos teóricos. Para Radcliffe-Brown una sociedad era un sistema de equilibrio en el que cada parte funcionaba para sostener el conjunto (sin eludir la evidente analogía orgánica). Así existía una razón para que las sociedades tuvieran que ser descritas desde arriba, registradas y cartografiadas para mostrar cómo sus varios elementos se entrelazaban. Como veremos, esta aproximación es atemporal más que estática; es decir, no postula en realidad una sociedad inmutable o una sociedad sin conflicto, sino que se centra más bien en las normas, valores y estructuras ideales que conforman el marco en el cual se desarrolla la actividad.

La concentración de la investigación británica en el África colonial alimentó esta orientación teórica y fue, a su vez, alimentada por ella. Gran parte de los objetivos de aquellas investigaciones era informar a las autoridades coloniales acerca de los sistemas sociales bajo su control, y ello afectó tanto a la importancia como a la imagen de la antropología social. Por un lado, apenas se reconoció que las sociedades estudiadas por los antropólogos hubieran sufrido un profundo cambio con el colonialismo y con la *Pax Britannica* impuesta por las armas inglesas. Existía también cierta tendencia a estudiar las jefaturas y los sistemas estatales algunos de los cuales, como los zulúes, se habían parcialmente integrado como reacción frente a la amenaza británica.

Estos dos elementos, el estructural-funcionalismo y la experiencia africana, aparecen conjuntamente en 1940 en un trabajo que, de un solo golpe, crearía la antropología política moderna: *African Political Systems*, dirigido por Meyer Fortes y E. E. Evans-Pritchard. En la introducción ambos distinguen dos tipos de sistemas políticos africa-

nos: los que ostentan autoridad centralizada e instituciones jurídicas (estados primitivos), y los que carecen de autoridad y de esas instituciones (sociedades sin estado). Una diferencia fundamental entre ambos tipos de sociedades es el papel del parentesco. La integración y la toma de decisiones en sociedades sin estado se basa, en el nivel más bajo, en grupos de familias/bandas bilaterales y, en un nivel más elevado, en grupos corporativos de descendencia unilineal. Las sociedades con estado son aquellas en que una organización administrativa rige o une a tales grupos como base permanente de la estructura social. Esta tipología fue tachada más tarde de demasiado simplista, pero las descripciones detalladas del funcionamiento político de los linajes en varias sociedades concretas supusieron una contribución importante y duradera. El equilibrio social se presuponía, de modo que el principal problema era mostrar cómo los diversos grupos de intereses y conflictos mantenían un equilibrio de fuerzas que daba como resultado una estructura social estable. El poder integrador de la religión y del símbolo fue también constatado, especialmente el papel del rito en la confirmación y consolidación de los valores del grupo.

su introducción y sus ocho contribuciones etnográficas *African Political Systems* planteaba los problemas y sentaba los fundamentos teóricos, la metodología y la polémica para más de una década de investigación de lo político en las sociedades preindustriales. La tipología original se fue matizando progresivamente. Por ejemplo, A. L. Southall, en *Alur Society* (1953) cuestionaba la premisa de que los sistemas segmentarios —aquellos en los que la autoridad se halla dispersa en manos de varios grupos— fueran siempre no centralizados y citaba el ejemplo de una sociedad donde la organización por linajes segmentarios coexistía al lado de un estado centralizado. Otros pusieron en duda que la segmentación pudiera ser considerada como un factor de clasificación, dado que incluso gobiernos centralizados están segmentados. Tampoco los linajes podían considerarse como base de todas las sociedades sin estado, puesto que la gradación por edades, las asociaciones secretas y los grupos rituales podían «cruzar» las divisiones de linaje para propiciar la acción política. A partir de la mera sugerencia tipológica de Fortes y Evans-Pritchard (no parece que ninguno de ellos considerara su tipología de aplicación universal, ni siquiera excesivamente importante), las clasificaciones se fueron progresiva-

mente refinando hasta que la taxonomía política llegó a convertirse virtualmente en un campo de investigación autónomo. El paradigma estructural-funcionalista estático perduraría a través de diversos estudios en la medida en que la vieja guardia —Evans-Pritchard, Raymond Firth, Daryll Ford y Meyer Fortes— siguió ocupando, simultáneamente, las grandes cátedras académicas de la antropología británica. Ello no quiere decir que la situación en sí misma fuera estática; existía una constante ebullición según prevalecieran los malinowskianos o los radcliffe-brownianos, y dependiendo también de que el conflicto y el cambio se fueran imponiendo con el rápido final del colonialismo africano.

### LA TRANSICIÓN

A mediados de los años cincuenta, tras una década de continuo desmoronamiento, el edificio del estructural-funcionalismo mostraba grietas en sus fundamentos. Aún no se veía razón suficiente para repudiar completamente este paradigma, pero ya existía clara consciencia de que estaban ocurriendo cambios fundamentales.

Una importante contribución en este sentido fue el libro de Edmund Leach *Political Systems of Highland Burma* (1954), que constataba un viraje hacia una forma más dinámica de análisis centrada en el estudio de los procesos. En la zona de Kachin Hills, en Birmania, Leach descubrió no uno sino tres sistemas políticos distintos: el sistema semi-anárquico de los kachin *gumlao*, un sistema inestable intermedio, el de los *gumsa*, y un estado centralizado a pequeña escala, el estado Shan. Los kachin y los shan eran comunidades más o menos diferenciadas, formadas cada una de ellas, a su vez, por muchos subgrupos lingüísticos, culturales y políticos, todos ellos formando de alguna manera un conjunto interrelacionado. No podía suponersele ningún tipo de equilibrio al sistema; en efecto, los *gumsa* y los *gumlao* aparecían muchas veces interfundidos entre sí. Para descubrir algún sentido a sus observaciones Leach los sometió a los efectos restrictivos de un modelo teórico basado en un sistema de ideas apriorísticas «cuyos conceptos son tratados como si fueran parte de un sistema equilibrado» (Leach 1954: ix). Ello venía a reproducir lo que los pueblos mismos

hacían, dado que también ellos tenían un modelo cognitivo ideal para sus propias sociedades, modelo expresado a través del rito y del simbolismo. Pero en realidad aquellos pueblos apenas se esforzaban en ser fieles a su propia concepción del «como si» acerca de su propio comportamiento, y mucho menos a la concepción del antropólogo. Estas ideas son similares a las del estructuralismo mentalista de Claude Lévi-Strauss (a quien Leach ayudaría más tarde a introducirse en la antropología anglosajona), y existen referencias al «registro cognitivo» que se convertiría luego en tema central de la antropología psicológica americana. De importancia inmediata para el estudio de la política fue, sin embargo, la clara diferenciación entre la estructura política abstracta y la realidad política «con pies en el suelo». Y también casi tan crucial sería el que Leach finalmente sacara la antropología política fuera de África y la liberara de las sociedades monolingües relativamente coherentes a las que había sido confinada.

Mientras tanto, Max Gluckman abría nuevos caminos. En el capítulo que dedicó a los zulúes en *African Political Systems*, y en sus libros *Custom and Conflict in Africa* (1956) y *Order and Rebellion in Tribal Africa* (1960), Gluckman desarrolló la idea de que el equilibrio no es ni estático ni estable, sino que surge de un proceso dialéctico progresivo en el que los conflictos dentro de una red de relaciones son absorbidos por (e integrados en) otra red de declaraciones: lealtades entrecruzadas tienden a unir al conjunto de la sociedad para resolver las disputas entre los grupos locales; los hechizos de los brujos despinzan las hostilidades dentro del grupo de forma que no represente una amenaza para el sistema; el *apartheid* en Sudáfrica, en tanto que separa radicalmente a blancos y negros, lo que hace en última instancia es cohesionar a ambos grupos en torno a sí mismos. La máxima romana de «divide y vencerás» se reformula inteligentemente como «divide y cohesionar». Políticamente esto es especialmente evidente en los rituales africanos de la rebelión en los que, periódicamente, el rey tiene que vestirse de pobre o actuar como un payaso, es sacrificado simbólicamente, o es expuesto sin ambages al odio y a los insultos por parte de su pueblo. Para Gluckman estos rituales no son mera catarsis son la confirmación simbólica de la prioridad del sistema sobre el individuo, de la dignidad real sobre cualquier rey concreto.

En este sentido, tanto Leach como Gluckman son figuras de tran-

sición, todavía enraizados en el estructural-funcionalismo de los años treinta y cuarenta, elaborando argumentos cada vez más inteligentes en defensa de la teoría del equilibrio; pero al mismo tiempo dan un paso de gigante hacia un nuevo paradigma. Gluckman, como fundador y catedrático del departamento de antropología de la Universidad de Manchester, veía sus ideas ampliamente desarrolladas por sus discípulos, conocidos colectivamente como «la Escuela de Manchester»; una expresión que vino a representar una nueva orientación vis-a-vis de la sociedad basada no en la estructura^ la función, sino en el proceso y el conflicto.

#### LOS NEOEVOLUCIONISTAS

Sin duda alguna, Inglaterra dominó la antropología política durante sus dos primeras décadas de existencia. Entre tanto, en los Estados Unidos se estaba incubando una antropología política incipiente muy distinta. El evolucionismo, proscrito hacía tiempo, por decreto boasiano, de cualquier estudio que se preciara de la humanidad, iniciaba un lento y no del todo respetable resurgir gracias a los escritos de Leslie White y de Julián Steward. White (1943, 1959) desarrolló una compleja secuencia que a través de la intensificación de la agricultura^ a conducir hasta la propiedad privada, la especialización, la estratificación de clases, la centralización política, etc. Muchas cosas las explicó a un nivel de generalización tan alto que White se convirtió en blanco fácil para quienes le acusaron de limitarse a reavivar la teoría unilineal del siglo XIX. Y el uso del término «multilineal» por parte de Steward (1965) para definir su propia teoría, sirvió tan sólo para validar una dicotomía innecesaria. De hecho ningún evolucionista serio había defendido nunca una teoría realmente unilineal (Harris 1968: 171-173). Pero la situación no se clarificó hasta que la dicotomía unilinealidad-multilinealidad fue reemplazada por los conceptos complementarios de evolución «general» y evolución «específica», el nivel más alto refiriéndose a procesos evolutivos tales como una mayor especialización o la intensificación de la producción, y el más bajo a la secuencia histórica de las formas (Sahlins & Service 1960). Con esta clasificación, la antropología evolucionista quedaba en libertad de mo-

vimiento, sin las pesadas trabas de unas dificultades que, más que sustantivas, eran semánticas.

Así pues, al revés que sus colegas ingleses, los antropólogos políticos americanos *empezaron* ya con la idea del cambio —a escala panorámica— en un contexto fundamentalmente ecológico y materialista. White mide la evolución en términos de la eficacia energética, y considera la tecnología como el motor primario. La «ecología cultural» de Steward se centraba en el «núcleo cultural» —es decir, principalmente las disposiciones económicas y de subsistencia que determinan en gran medida la estructura social y la ideología. Las diferencias entre la antropología británica y la americana eran profundas, pero también se han exagerado. Por ejemplo, el estudio de los indios comanches llevado a cabo por E. Adamson Hoebel en 1940, una de las primeras etnografías políticas americanas, no era ni evolucionista ni materialista. Durante los años cuarenta y cincuenta, y hasta entrados los sesenta, existió en los Estados Unidos una poderosa corriente de estructural-funcionalismo. Pero la antropología *específicamente* americana era radicalmente distinta de la antropología *específicamente* británica, hasta el punto de que por lo general apenas existió comunicación entre ambas.

Evolución política muy pronto se convirtió casi en sinónimo de clasificación política. Los dos principales trabajos evolucionistas de aquel período, *Primitive Social Organization* de Elman Service (1962), y *The Evolution of Political Society* de Morton Fried (1967), eran más taxonómicos y descriptivos que causales; se daba más importancia a las características de los distintos niveles de integración socio-cultural que a los factores causales que propiciaban la evolución de un nivel a otro. Teorías causales no faltaban, pero procedían más de la arqueología que de la antropología cultural. Muchos eminentes arqueólogos dedicaron su carrera al estudio de los procesos implicados en la evolución de las sociedades estatales. Ambas tendencias, la arqueológica y la cultural, que originariamente habían ido por caminos paralelos, se unieron en *Origins of the State and Civilization* de Service (1975). La evolución política sigue siendo un campo de estudio en continuo avance, pero ya no puede pretender ser el centro principal de la antropología política americana —orientaciones tales como la procesual y la de la toma de decisiones han cruzado el Atlántico desde Inglaterra.

### PROCESO Y TOMA DE DECISIONES

Max Gluckman había coqueteado con el análisis de «situaciones» relativas a personas individuales, a diferencia del habitual análisis etnográfico centrado en las normas del grupo o en las estructuras sociales. Elaborando algo más ese experimento, Víctor Turner, *Schism & Continuity in an African Society* (1957), siguió a un solo individuo a través de una serie de «psicodramas sociales» en los que se desvelaban las manipulaciones personales y comunitarias de los preceptos y valores. Al énfasis dado por Gluckman y Leach al proceso cultural y al conflicto, se añadía un nuevo elemento: la toma individual de decisiones observada en situaciones de crisis.

El tardío descubrimiento de que el mundo está en continuo movimiento propició el vigoroso repudio del estructural-funcionalismo, casi igual al que había borrado del mapa al evolucionismo con el cambio de siglo. «Estructura» y «función» se convirtieron en términos arcaicos y fueron sustituidos por los de «proceso», «conflicto», «facción», «lucha», «estrategia manipulativa» y otros. Tal como Janet Bujra lo ha expresado en pocas palabras:

**Para los primeros funcionalistas, la premisa era que la unidad social constituía el estado normal de las cosas, mientras que el conflicto representaba una situación problemática que no encajaba fácilmente en su marco teórico. Estudios más recientes sobre el comportamiento político, sin embargo, parecen indicar que el conflicto es precisamente la norma, y que es la unidad social la que es mucho más difícil de explicar (Bujra 1973:43).**

El hecho de que conflicto y acuerdo, unidad y desunión, pudiesen representar dos caras de la misma moneda, como Gluckman había apuntado, fue momentáneamente olvidado.

El cambio de la teoría estructuralista a la teoría procesual tuvo su correlación objetiva en la disolución de la falsa estabilidad impuesta por el colonialismo en África. Con el surgimiento de las naciones-estado postcoloniales y con la incorporación de las sociedades tribales en organizaciones políticas más amplias, surgieron nuevos problemas. La política «primitiva» ya no podía ser considerada como existiendo dentro de un sistema cerrado; el concepto restrictivo de «sistema» po-

lítico fue sustituido por el más amplio de «terreno» sociopolítico. Por otro lado el estudio intensivo de situaciones concretas dio origen al concepto más reducido de «arena» política, en la que individuos y grupos políticos luchan por el poder y el liderazgo.

Aunque muchas de estas ideas estén resumidas en trabajos como el de Balandier, *Political Anthropology* (1970) o como la introducción de Swartz, Turner & Tuden al trabajo colectivo editado con el mismo título (1966), sería erróneo considerar que la teoría procesual es coherente. Muchas etnografías que ponen de relieve el proceso cultural, siguen centradas en las normas y en las instituciones. La teoría que toma al individuo como objeto central, la de la toma de decisiones —conocida habitualmente como «la teoría de la acción»— es una subdivisión un tanto aparte de la aún menos coherente teoría procesual.

La teoría procesual ha propiciado el diálogo transatlántico, diálogo que fue silenciado, por no decir otra cosa, durante el apogeo del estructural-funcionalismo. Líderes americanos de la antropología política tales como Marc Swartz y Ronald Cohén han mostrado tan sólo un interés transitorio por el evolucionismo o por la tipología evolucionista, pero se han unido a los ingleses en lo que hoy constituye una tendencia verdaderamente internacional, una tendencia que demuestra su utilidad no sólo para el análisis de la política en los grupos tribales sino también para la de los estados industriales modernos.

### LECTURAS RECOMENDADAS

HARRIS, MARVIN. *The Rise of Anthropological Theory* (New York: Thomas Crowell, 1968).

Lo orientación implacablemente materialista de Harris es exasperante cuando es aplicada a teorías con las que el autor no simpatiza. Sin embargo, este voluminoso trabajo es impresionante en alcance y erudición, y ameno incluso si no se está de acuerdo con el análisis. Aunque Harris no trata de antropología política en concreto, proporciona el contexto en que la antropología política debe entenderse.

KUPER, ADAM. *Anthropologists and Anthropology: The British School 1922-1972* (New York: Pica Press, 1973).

La antropología política tuvo sus orígenes en el estructural-funcionalismo



británico. No conozco libro alguno que presente más claramente una visión general de esta escuela y de sus críticos. También incorpora fascinantes biografías y retratos personales de eminencias tales como E. E. Evans-Pritchard, E. R. Leach y Max Gluckman.

MAIR, LUCY. *Primitive Government* (Bloomington: Indiana University Press, 1962).

Este libro, dedicado exclusivamente a África, es uno de los pocos trabajos que intentan trazar una visión panorámica general de la política en las sociedades preindustriales desde el punto de vista del estructuralismo británico. Sin embargo, las generalizaciones de la autora se pierden a veces en millares de pequeños ejemplos que se suceden a otros con una rapidez que más que aclarar, confunden.

## Tipos de sistemas políticos preindustriales

Ningún antropólogo está más expuesto a la amenaza del «bongo-bongoísmo» que el que se atreve a clasificar. (Como se recordará, cualquier generalización que se haga en el campo de la antropología, se expone a que algún investigador proteste diciendo: «¡Ah! pero es que en la tribu Bongo-Bongo lo hacen diferente!») Resulta más seguro decir que cuando se trata de crear tipologías de sistemas sociales, esta clase de tribus «heterodoxas» abundan. En cierta ocasión un conocido antropólogo británico Edmund Leach, llegó a comparar prácticamente todos los intentos de clasificación antropológica con la prosaica afición a «coleccionar mariposas, dado que las tipologías resultantes no tenían mayor sentido que, digamos, agrupar conjuntamente todas las mariposas de color azul» (Leach 1961).

Aunque sólo unos pocos antropólogos estén indiscutiblemente de acuerdo, puede decirse que la clasificación ha sido un objeto central de la investigación de ese momento en que lo político quedó constituido en instancia aparte, como un subsistema susceptible de atención específica. Los resultados de cuarenta años de un progresivo perfeccionamiento de la tipología política no pueden satisfacer por completo a todo el mundo pero no cabe esperar más cuando algo tan fluido e imperceptible como la sociedad se ve encasillado en una serie de compartimentos estancos. Aun así, sorprendentemente, se ha llegado a un relativo acuerdo acerca de un sistema general de clasificación (Fig. 2) aparentemente avalado por la contrastación cuantitativa intercultural. La clasificación sintética de la figura 2 se basa en los medios de integración política, en el acceso a puestos de liderazgo y